

Psicología y psicoterapia

Camilo Ernesto
Ramírez Garza

El pasado viernes 30 y sábado 31 de mayo se celebró el "1er Congreso Interuniversitario de Psicología y Psicoterapia" organizado por la Facultad de Psicología de la Universidad Metropolitana de Coahuila, en la ciudad de Monclava. Agradezco de antemano a su coordinador, el Lic. Carlos Arturo Moreno de la Rosa, por haberme invitado a participar en dicho evento, con dos ponencias: "Asesinato en las escuelas, el caso Virginia Tech" y "El psicoanálisis: hoy más necesario que nunca"

Participar en un congreso psicológico, sea como ponente o como asistente -además de tener que salir de la ciudad donde uno usualmente labora- es por demás una experiencia de ruptura y búsqueda. De ruptura, pues si añadimos la experiencia de la travesía del viaje -que aunque en este caso fue de menos de tres horas- siempre nos invita a "salir de", no solamente de la ciudad, como decíamos, sino figurativamente de las "formas de pensar" que usualmente organizan y matizan las percepciones con las cuales se entra en relación con eso llamado realidad humana, en este caso en particular, las



formas de pensar y ejercer la propia actividad clínica; ir al encuentro de otros implica escucharles, mostrar lo propio y aprender de otras experiencias. Encontrarse con cosas comparadas, pero también con novedades;

nuevas ideas e inquietudes. Es también una experiencia de búsqueda, pues nunca se está acabado. En el caso de la psicología y las psicoterapias, el saber y la experiencia nunca está ya dados, por eso se interroga, se estudia, se

Psicología

dialoga, se hacen congresos, talleres, seminarios; se contrastan las visiones y opiniones sobre las dificultades que se van teniendo. Al ser el objeto de estudio de la psicología lo referente a lo humano, no puede pensarse que ésta sea estática, cerrada, dogmática, reducida a la simple suma de conocimientos que hay que aplicar, sino más bien, a la experiencia más elemental y más cambiante de la cotidianidad, la que plantea a psicólogos y psicoterapeutas interrogantes respecto a ciertas problemáticas particulares; es del sufrimiento humano y sus vericuetos de dónde parten los interrogantes que empujan la labor de las psicologías y las psicoterapias.

Otro de los elementos compartidos por quienes ahí coincidimos es el interés por ayudar a quién nos solicite atención (niños, jóvenes, adultos) por lo tanto el psicólogo debe de realizar su labor de manera a-moral y sin discriminaciones. Aunque el ayudar se vuelve a menudo un lugar común con ecos huecos que circulan por todos lados, quiénes nos abocamos al estudio e investigación de la psique humana, buscamos que ese otro que solicita atención, encuentre alivio a su sufrimiento mediante la búsqueda del sentido y del cómo responder ante las problemáticas de su vida. En ese sentido el centro de nuestra actividad es el Amor con todas sus implica-

ciones. Pues es del amor, ese enunciado por Freud como libido, como el equivalente griego de Eros, de lo que se trata el asunto de la vida. No como el simple trato que le da el tecno-mercado con sus discursos de empatía y autoestima por todos lados, donde en realidad nadie escucha nada, sino en el restituirle al otro su voz, a partir de que se atiende y reconoce, primero, "Eso" que tiene que decir, así como las implicaciones de lo que dice. De ahí que el psicólogo y psicoterapeuta sea alguien en quien se espera primeramente -antes de cualquier delimitación práctica y técnica- que escuche y no juzgue y condene, sino que acompañe ofreciéndose escuchando y atendiendo las problemáticas que se le refieren.

Actualmente se reconoce que el rol de psicólogos y psicoterapeutas es vital para la solución de problemas no solamente aquellos que atañen al sujeto y a su familia, sino a los más amplios que implican al sujeto en sociedad, su contexto local, nacional y mundial. Así, del sujeto a la familia, y de ésta a los grupos, sociedades e instituciones es que el sujeto conforma y despliega su subjetividad, que más claramente siempre se trata de inter-subjetividad, es decir, de las relaciones con los otros.

camilormz@gmail.com

Síndrome de Down, niños diferentes

Mario Rivas

El hecho suele empañar las ilusiones que los padres forjaron durante el embarazo: su hijo nació con síndrome de Down, alteración genética que ocasiona retardo intelectual y que aparece en 1 de cada 700 nacimientos. El desanimo concluye cuando la pareja descubre el goce de educar y compartir los éxitos del niño, quien simplemente es distinto.

Los seres humanos estamos determinados por nuestra carga genética y es a través de ella que se decide el funcionamiento o desarrollo de habilidades. Nuestros genes se agrupan en unidades mayores, llamadas cromosomas, que en total suman 23 pares; cualquier alteración a este código, leve o importante, genera variaciones o deficiencias en el comportamiento del organismo y condiciones distintas de vida.

Un individuo con síndrome de Down, bebé, joven o adulto, es una persona que nació con cantidad extra de material genético en el par cromosómico 21, ya sea por que hay un fragmento de más o, como en la mayoría de los casos (más del 95%), existe un cromosoma completo adicional, por lo que también se le conoce como trisomía 21.

Esto ocasiona que los portadores cuenten con una serie de diferencias respecto a la población general, que no dependen del tipo de raza o nivel social. Lo que sí existe, en cambio, es una correspondencia entre la edad de la madre y la incidencia del síndrome: el aumento de riesgo es mayor cuando la mujer se embaraza a partir de los 35 años.

Se considera a esta anomalía de cromosomas como la más frecuente en el ser humano, y se han detectado tres motivos que la originan:

-Trisomía 21. Es la más común y ocurre en 95% de los casos. Aunque el

código genético de los padres sea normal se produce un error en la división celular, en el espermatozoide o el óvulo, que provoca que su hijo tenga tres cromosomas en el par 21.

-Translocación. Ocurre entre 3 y 4% de los casos; se distingue porque no hay triplicidad en el 21, sino que sólo un fragmento de cromosoma se "pega" a uno de los miembros del par, lo que sugiere que el síndrome de Down se debe a un grupo de genes, y no al cromosoma 21 completo.

-Mosaicismo. Es la más rara de todas; se debe a trisomía 21, pero no se da en todas las células, es decir, en el organismo conviven células normales y células con el síndrome. El defecto surge a causa de que, luego de la fecundación, alguna célula durante la división desarrolló trisomía, defecto que transmite al multiplicarse ella misma.

Por lo general, los médicos sospechan que el bebé tiene este síndrome inmediatamente después del nacimiento, pero el veredicto final se determina a través de un estudio de cromosomas, ya que si bien hay aproximadamente 50 características típicas de esta variación genética, ninguna de ellas es exclusiva.

Entre los rasgos físicos más notables de las personas nacidas bajo esta condición se incluyen ojos rasgados, orejas pequeñas, dedos cortos, nariz plana, lengua larga y prominente, así como fuerza muscular reducida; son niños que lloran poco y tienden a ser tranquilos (debido a la apariencia del rostro, semejante a la fisonomía de los habitantes de Mongolia, la trisomía 21 es llamada coloquialmente "mongolismo"). A medida que crecen, estos rasgos se acentúan y se hacen evidentes otros, como maxilares y boca reducidos, crecimiento menor a la estatura media del resto de la población y cierta tendencia a la obesidad.

Se puede decir que las personas con síndrome de Down experimentan algún

grado de retardo intelectual y, aunque es muy variable, por lo general es leve. De hecho, ahora se sabe que el despliegue de la capacidad mental de estos individuos depende en buena parte de su entorno familiar y del modo en que sean educados. Los resultados mejoran notablemente en relación directa a la atención y amor que se les brinda.

Hasta hoy, este síndrome es incurable, pues se carece de tratamientos que eliminen el cromosoma extra. Lo que sí se sabe es que la longevidad es muy variable y va de la mano con el nivel de salud que se disfruta.

Cabe mencionar que esta anomalía genética vuelve propenso al individuo a padecer cierto tipo de enfermedades. De manera congénita (al momento de nacer), entre 35 y 50% de estas personas tienen problemas cardíacos debido a malformaciones, por lo que se aconsejan revisiones médicas durante los primeros meses de vida.

Asimismo, es común que padezcan desequilibrios hormonales, sobre todo en relación a la glándula tiroides (que regula el crecimiento). También se consideran relativamente frecuentes los problemas inmunológicos (cierta debilidad ante infecciones, sobre todo del oído), gastrointestinales y el riesgo de padecer leucemia (cáncer de las células sanguíneas) y mal de Alzheimer.

CÓMO INICIAR SU EDUCACIÓN

Cuando no se sabe cómo actuar, uno de los primeros pasos que se aconsejan es contar con el respaldo de un pediatra para que resuelva sus dudas, informe directamente sobre ejercicios y prácticas para estimular el desarrollo del niño y proporcione el nombre de textos que pudieran ayudarle.

Asimismo, entrar en contacto con otros padres que han enfrentado igual situación ayuda a resolver muchos conflictos y a dejar a un lado la idea de que



no se tiene la suficiente capacidad para educar a este tipo de niños. Muchos padres que se enfrentan con este panorama piensan que los pequeños no corresponderán a sus atenciones, creencia que con el tiempo desaparecerá, pues casi todos coinciden en que no hay niños más afectuosos y sensibles que aquellos con síndrome de Down.

Lo más importante es trabajar hacia una adecuada atención afectiva, educativa y social, aplicada desde los primeros días, pues se ha demostrado su influencia decisiva en el desarrollo del potencial de estos pequeños, generalmente subestimados por el entorno social.

Muy a menudo, y siguiendo una serie de actividades físicas y mentales dirigidas por el pediatra, el niño con síndrome de Down no se cohíbe y se aventura a desarrollar nuevas destrezas. Por ello, tampoco debe creerse que está condenado a bajo desarrollo intelectual, pues los especialistas diariamente se sorprenden con el potencial de creatividad y memoria que presentan siempre que han sido estimulados.

Los padres deben considerar que son ellos el mayor apoyo con que cuenta el niño, ya que gracias a su labor y dedicación el pequeño gozará de una vida más feliz, podrá desarrollar su potencial y ser simplemente un niño diferente.

Regina Reyna

El primogénito tiene el mundo a sus pies, pues abuelos, padres, tíos, primos y más cumplen sus caprichos. Pero al llegar un hermano, atención y cuidados se dividen, lo que provoca celos y cierto resentimiento hacia quien, si saberlo, ha fragmentado a la familia.

Cuando la madre está nuevamente embarazada, el primogénito manifiesta cierta inconformidad, aun y cuando no entienda qué pasa; se torna llorón, desobediente y agresivo, síntomas que al nacer el hermano se exacerbaban buscando la atención que se ha perdido; es rebelde, moja la cama, habla como si tuviera menos edad, se chupa el dedo como lo hacía antes, etcétera.

Rivalidad entre hermanos

Estos celos crecen a la par de la relación fraternal, debido principalmente a que el hermano mayor piensa que el más pequeño lo ha suplantado y se siente inseguro en el seno del hogar. En muchos casos, el niño no puede expresar a sus padres que está molesto y canaliza el enojo hacia su hermano, iniciando así una rivalidad que durará varios años.

Sucede también que ambos hijos crecen y surge la oportunidad del nacimiento de un tercero, ¿qué pasa? No es raro que los dos primeros formen una alianza y hagan frente común contra quien ocupa ahora el trono en el hogar, sobre todo si pertenece al sexo opuesto al de los desplazados.

LADO POSITIVO

Los pleitos entre hermanos son parte natural de su desarrollo, especialmente si tienen edades muy cercanas, pues no es raro que sientan competencia mutua. El conflicto repercute de manera directa en los padres, ya que se sienten culpables de no tener una atmósfera armoniosa en casa.

Los expertos explican que si se canalizan de manera adecuada, los celos entre hermanos pueden resultar una experiencia positiva. Explican que las riñas ayudan a los niños a desarrollar un sentido de lo que es justicia y, en parte, es la forma de establecer su propia identidad y autonomía.

Sin embargo, la competencia

fraterna puede llegar a un plano peligroso, cuando a lo largo de la relación no hay periodos en que se demuestran afecto. Por otro lado, hay que poner atención a la relación en caso de que los hermanos compitan en todos los aspectos de su vida y uno se sienta inferior o superior al otro.

EL ROL DE LOS PADRES

Los hermanos pueden llevarse bien, pero es tarea de los padres enseñarles a hacerlo y actuar cuando uno de ellos se porta mal. Hablarles sobre el tema y explicarles las consecuencias de una mala relación puede resolver el problema, pero no en todos los casos es suficiente.

En gran porcentaje de las

peleas hay altas probabilidades de que los hermanos en conflicto encuentren por sí solos una manera de resolver el dilema; pero de no ser así, usted puede decirles que tienen una opción: "deben encontrar una solución, porque si tengo que intervenir, a todos les va a ir mal". Cuando así suceda, hágalo en forma neutral sin acusar o culpar a los involucrados, y si la situación está fuera de control, lo indicado es castigarlos estando separados.

La mejor forma de enseñarles a los hijos a llevarse bien es predicando con el ejemplo. Puede ser que los padres peleen mucho o que se traten de una forma despreciable, patrón que debe ser eliminado para que los chicos aprendan a tratarse bien.

Es de suma importancia que los papás no muestren favoritismo, ya que van a provo-

car una reacción negativa si comparan a los hermanos. También es conveniente que a cada hijo se le facilite pequeño espacio, de manera que no sientan todo el tiempo que están encima del otro, logrando así evitar la constante fricción.

A cada hijo hay que amarlos y expresarles afecto de una manera individual, para que todos se sientan queridos de una forma especial en el contexto familiar. Esto es muy importante, ya que hay padres -principalmente los que han tenido solo un hijo- que consideran que el amor por los vástagos es uno, y al tener otro hijo el cariño se repartirá, cuando en realidad a cada uno se quiere de manera distinta.

No obstante, si la relación no mejora o deja de ser armoniosa, lo mejor es buscar ayuda profesional de un psicólogo o psiquiatra